

## El lugar de Dionisio Cañas

*The Place of Dionisio Cañas*

Manuel JULIÁ

Conocí a Dionisio Cañas antes de que supiera que lo había conocido. Entonces, hace mucho tiempo, cuando unos pocos de sus versos pasaban por mis ojos, no podía imaginar que un día podría llamarle mi amigo, y que un año de un futuro lejanísimo pasearía con él por los alrededores de su bombo, y que miraríamos juntos la pobre vida de un almendro que no sabe cómo irse para siempre, o el orden militar de las hormigas encontrando pasadizos sobre la caliza, la soledad de la llanura, espejo de luz en una tarde paseando por las espigas y los barbechos, hablando de la vida y de la muerte, o de la muerte y la vida, que es lo mismo. No sabía que iría con él por la llanura sintiéndome hermano en soledades, luces y sombras. Sí, por la llanura que guarda y rodea esa mente amplia de las gentes de Tomelloso, tan abierta y valiente que me recuerda esa definición que decían los griegos del sabio primate, el ser que mira a lo lejos. Dónde mejor que en la llanura.

Conocí a mi hermano Dionisio Cañas cuando él ni siquiera sabía de mi existencia, y, mientras leía algunos de sus versos, llevaba los dedos una y otra vez a su fotografía de agricultor

tomellosero que tenía el luminoso ámbito de Manhattan en los ojos y la interminable extensión de los matojos del campo de Tomelloso en sus cejas.

En aquella fotografía del primer Dionisio que vi, en una antología que se llamó *Ciudad Real poesía última*, y que voló por el ámbito denso de la soledad libresca del año 84, observé que tenía el campo grabado en todos sus perfiles, se notaba que respiraba la tierra por sus cabellos, pero a la vez mostraba un porte de *dandy*, de poeta bayroniano, de simbolista con pajarita o romántico que muestra los cabellos desaliñados y la mirada perdida con un poco de mala leche, que los poetas hemos de tener mala leche, porque si no luego la gente se cree que somos una especie de místicos blandengues, damiselas lloronas, y nos pierde el respeto.

Y bien, en aquellos lejanos años en los que no sabía que un día muy lejano podría leer muchísimos versos de Dionisio, que incluso pasaría un verano leyendo toda su obra, y escribiendo una antología que siempre me gusta leer por el epílogo, yo tenía un libro suyo en las manos y leía sus versos por primera vez:

Nuestro amor fue verdad como verdad fueron  
los corceles nocturnos con el dorso mojado que atravesaron  
los ríos de la mente un día  
audaz en luces, vulgar en las retamas.

Más adelante, leí versos suyos que venían de las Américas, de Nueva York (uf, por Dios, qué lejos estaba todo aquello para nosotros, todavía desprendiéndonos de la placenta de una dictadura y descubriendo que el mundo era tan grande como uno pudiera imaginar), eran versos que conseguían que levantara el culo, y pegara un respingón como a impulso de un puntillazo de aguja, allí en mi sillón, donde me creía el rey del mundo.

Qué palabras decía el poeta, qué poco sabía yo entonces sobre la cantidad futura de versos que leería de este poeta, cuando pasaran veinte y muchos años...

Te tragarás la tierra,  
y se hará silencio la tierra dentro de ti.  
Te tragarás el cielo,  
y se hará silencio el cielo dentro de ti  
Te tragarás a ti mismo,  
y te harás silencio dentro de ti.  
Largo ha sido tu camino,  
y todos tus pasos iban a parar a ti.  
Tú solo eras el horizonte.  
Te saludaste a ti mismo,  
te besaste a ti mismo.  
Qué hermosos frutos aquellos que te debas.  
Reposas ahora en el suelo  
e inesperada ausencia  
tu muerte eres tú.

Leía y se me nublabla esa angustia que nunca había sabido nombrar y que nunca había sabido por qué la tenía, cosas de poetas, y sentía que en cada palabra había algo más que lo que esta me decía, algo más en cada frase, algo más en el conjunto de un poema que olía a más allá del Atlántico, a Stevens y Wihlman, a Gimsberg y Eliot, a flores de aquí mezcladas con aquellas que pondrán en los balcones de Nueva York, que no sé si las ponen, claro, no me imagino a los neoyorkinos regando sus geranios cuando el sol se pone por Manhattan, si los riegan, claro. Tú sabrás, Dionisio, que has estado allí tantos años que cuando estabas en Nueva York no podías dejar de ser de la Mancha, y ahora que estás en la Mancha, no puedes dejar de ser de Nueva York.

Por eso, cuando leía aquellos versos, algunos realmente cabrones, me decía que aquel era un poeta que sabía taladrar el sentimiento, un poeta que se deja querer porque sus claves, y su núcleo, y sus aristas, emanan de un cuerpo y aterrizan en todos los cuerpos buscando en el viaje todas las oportunidades de poesía que existen en todo lo que está enfrente, siempre como poesía en bruto que hay que destilar.

Ah, y digo lo de versos cabrones no solo por aquello de que «tu muerte eres tú» que he leído antes, sino para que sepan ustedes que a Dionisio le gusta meter de vez en cuando algún que otro verso o frase cabrona en sus textos, y, cuando digo cabrona, me refiero en el sentido de sorpresa, alumbramiento, destello, absoluta sinceridad, porque díganme si decir que lo peor de la muerte es que uno ya no puede follar con los otros esqueletos no es realmente cabrón, vamos, como que le dan a uno ganas de no dejar de follar en esta vida por si acaso en la otra nos quitan la vagina y el pene.

Bien, ya salió la muerte. Ahí, en los primeros versos que leí de Dionisio, unos en una etapa jurásica, *Ciudad Real poesía última*, los entretenidos ochenta, y otros con el milenio tiritando aún en su frontera ida, *Y empezó a no hablar*, lo primero que consiguió con su palabra es que me diera de bruces con la muerte y llegara a la conclusión de que al final, o al cabo, escriba lo que escriba uno solo escribe de la muerte.

También que estaba ante un poeta que, como ha escrito hace poco Luis Antonio de Villena sobre *Los libros suicidas*, es un poeta que jamás nos va a dejar indiferentes, un poeta que se va a exprimir en cada frase para que todo tenga una verdad verdadera y un impacto casi atómico en las férreas paredes de esa grieta profunda en la que escondemos la sensibilidad.

Sentí que en Dionisio lo innecesario ha sido extirpado y echado al laberinto en donde los poetas malos hacen rimas

como churros y ganan premios con libros que parecen hechos todos por el mismo poeta, o por un ordenador.

Era tan lejano el tiempo. Seguro que alguno de ustedes iba en pantalones cortos y se hurgaba la nariz para comerse esos mocos que nos decían antes que alimentaban. Era tan lejano el tiempo que ni imaginaba, como dije, que en ese futuro que daba un salto atroz sobre el año 2000, yo tendría muchos libros suyos en mis manos, y que los leería todos en un verano en el que fui más Dionisio que Manuel, en el que el viejo mar de siempre se llenó de letras y sombras, de versos endecasílabos y versos libertarios, poesía en la sombra de un sauce que se agarra al húmedo suspiro del césped, poesía para encontrar la vida donde se esconde para que solo nuestro corazón pueda encontrarla.

Pero antes de llegar a ese verano, en ese territorio de agua que hay entre el recuerdo y el olvido, fui descubriendo poco a poco al poeta. Leí un artículo suyo sobre un romance de Lorca en *El País*. Supe que su compañero era un genio del ensayo —José Olivio Jiménez— y que seguro aprendió de él su amplia capacidad ensayística, por eso hincó su bisturí sobre los mejores poetas —Alexandre, Hierro, Brines, entre muchos— del antiguo siglo y escribió varios libros de poesía que en Hiperión llegaron a todas partes y en otras editoriales más desconocidas se quedaron como un tesoro que algún día habrá que rescatar.

Por supuesto, hizo mucho más que poesía. Escribió ensayos y antologías sobre algunos de los mejores poetas de la poesía española: todavía se usa en la escuela y en la universidad su antología, titulada *Volver*, sobre Gil de Biedma, o sus documentados ensayos *El poeta y la ciudad* o *Poesía y percepción*, manuales excelentes para aprender a leer poesía. Aunque, aun siendo un gran crítico, un gran analista de la poesía, este talento se esconde dentro de su esfinge libertaria y deja ver a las gentes sobre todo el aspecto del

poeta desaliñado, hambriento de algo más de todo, lleno de ganas por convertir todo lo que toca, o ve, o prevé, en poesía.

No sé dónde escribí entonces, creo que en un artículo perdido de un periódico local, que Dionisio se dedicaba, por un lado, a pensar la poesía y, por otro, a hacerla. Y ambas cosas, pensar y hacer, son las caras cómplices de un mismo acto. Y desde ese pensamiento surgió una percepción poética que en Dionisio, al contrario que en otros muchos poetas, alcanza a todo y se expande más allá de la propia palabra escrita. Por eso, si andurreamos por internet buscándole las tripas y los vídeos, encontraremos múltiples instrumentos expresivos poéticos, la imagen, el silencio, la fotografía, el dibujo, incluso la acción, porque para él se puede extraer agua o poesía hasta de nuestros maltratados y deshidratados acuíferos manchegos.

Y veía y leía cómo exprime la poesía hasta de los objetos más anodinos, o más despreciables y sustituibles de la sociedad, y eso me recordaba que en contrario a aquellos poetas correctos, que un día quisieron escribir odas a un cubo de basura, y cuando uno leía sus versos se daba cuenta de que habían escrito con las narices tapadas. No eran auténticos.

Dionisio jamás cierra los ojos o se tapa la nariz cuando ha de convertir en poesía el fango inocente o el fango culpable.

En fin, tuve en mis manos, hace muchos años, unos cuantos versos de Dionisio y supe que ahí había una verdad poética, y entonces jamás imaginaba que, pasando los lustros, ese niño que juega a los dados, que es el destino, me daría la posibilidad de poder penetrar profundamente en su mundo de símbolos e imágenes y de poder tener en mis manos una poesía de lo más auténtico que he leído en los últimos años, y les juro a ustedes que soy de los pocos que todavía leen libros de poesía, no como tantos que se llaman poetas y son capaces de escribir decenas de libros pero incapaces de leer uno solo que no sea suyo.

Esa autenticidad la sentí primero con *Y empezó a no hablar*. Para mí un libro es auténtico cuando uno ve al poeta con su vida y con su muerte auestas, con sus muertos vivos, floreciendo, viviendo, como si caminasen a su lado por las avenidas y los tugurios de NY o por la grandiosa ausencia llena de estrellas de la llanura de Tomelloso, o con sus muertos porque a veces la vida no es generosa y se pone uno a pensar que la nada (sé que Dionisio prefiere hablar del vacío) es la creación de un cabronazo aburrido que no sabe en qué ocupar el tiempo, o el no tiempo.

Pues bien, ese fango inocente que decía, esa vida que estalla mientras respira, esos versos de sombra en donde una cremallera de palabras o de imágenes se abre para encontrar ese campo de las luces que Chejov veía en el suburbio, llegó a mi mesa en torbellino un verano. Una alta torre con todos sus libros. Un deseo de ordenar una vida de palabras en el azul oscuro de una portada y unas páginas que superan las dos centenas.

Sí, amigos, entonces pasé un verano con Dionisio Cañas. Ya no me acuerdo de qué año fue. Ahora, cada día, los años van perdiendo sus números y se van quedando en imágenes y sombras. Un verano con el frescor que despide el mármol en la siesta, con el hermoso ruido de los niños en la alta noche envueltos en la penumbra de las farolas, un verano con el reluciente amanecer que el alba de un cielo despejado extendía por las calles de mi mente, un verano con Dionisio Cañas, con el Dionisio Cañas que vive en una docena de libros de poesía.

Me levantaba al amanecer, cuando los pájaros se convertían en habitantes del viento. Me sentaba en un sillón que hay al lado del que llamo el ventanal de mi corazón y entonces comenzaba a leer los libros de Dionisio Cañas. Por la tarde me iba a la piscina de la urbanización en la que vivo, y debajo de un sauce, que más que llorón es burlón, seguía con Dionisio Cañas. Él me dio

todos los libros que había publicado y los amontoné y con ellos encima del cristal de la mesa formé un rascacielos, como si en mi casa pudiese haber un pequeño Nueva York.

El rascacielos tenía en su punto más alto, donde colocan luminarias para que no se estrellen los aviones, su primer libro de poemas publicado en el año 1977, *El olor cálido y acre de la orina*. Es un poemario iniciático para el que nuestro turbador poeta eligió un título que entonces sería políticamente incorrecto y hoy, carne de juzgado, según va de reaccionario nuestro país. Les juro que lo primero que pensé al ver el título de aquel libro fue en los servicios del cuartel en el que hice la mili, cerca de los límites de Irún, en la bahía de Xtingudi. Allí la orina rezumaba por todos los rincones de aquellas que llamábamos cuadras militares, pues yo hice la mili en una compañía de mulos, y fui cabo de mulos, y entre la escuadra de mulos que tenía a mi cargo había una a la que llamábamos Chocholoco, nombre que adquirió de manera anónima porque tenía la vagina más grande del mundo y cuando andaba se le movían las fronteras de la almeja gigante como temblorosas montañas de gelatina oscura.

Pues en aquel puticlub militar, en el que la única puta que había era un sargento analfabeto que daba clases de literatura, yo olía la orina, la orina de los quintos y la orina de los mulos y no llegué a caer en la calidez de su olor hasta que leí el título del primer libro de Dionisio Cañas que, además, fue también inevitable inspiración para que me viniera a la cabeza el cimbel del soldado el Pajas, a quien llamábamos así por la persistente tarea onanista en la que empleaba su tiempo. Huía la gente de los urinarios cuando llegaba a ellos el soldado, ya que, además, meaba hacia los lados, pues era trasojado y nunca apuntaba a la diana, sino a los muslos de sus vecinos, a quienes envolvía en el olor cálido y acre de su orina.

Todas estas cosas me vinieron cuando leí el título, un amanecer del verano que pasé con Dionisio Cañas, mientras la aurora se deslizaba como un ejército de orugas luminosas por el cristal del ventanal de mi buhardilla, mientras la luz del amanecer resaltaba el brillo de los tomos de los libros de mis estanterías y el vaho encendido del alba convertía las motas de polvo en lentejuelas que se encendían cuando la vida mataba a la muerte de la noche con la vida. Luego abrí el libro y leí sus poemas, percibiendo que Dionisio apenas nos habla de la orina, sino de la angustia, el silencio, la tristeza, el tiempo..., todo lo que pierde por el barro de las sombras que crea nuestra propia orina.

Aquel fue el primer libro de Dionisio Cañas, para mayor información Dionisio González Cañas, parricida nominal después de haber comparado a Dios con su padre, y diosicida, por tanto, porque he leído en un libro poco citado que tiene, que va de voyeurismo, esta hermosa sentencia: «Dos fantasmas recorren mi memoria, Dios y mi padre».

Quizá por eso se puso solo el apellido de su madre, porque para él su padre era Dios, algo que es todavía mucho peor que ser un fantasma.

El padre, al contrario que la madre, es una angustia en su poesía. Es la realidad que destrona los sueños, y ya se percibe así en este primer libro. Su fantasmal ausencia y la dureza de su presencia es una de las más evidentes claves de su angustia endógena y exógena, esa alma perdida que pone detrás de las palabras, el hielo ardiente que en algunas ocasiones las horada, el dolor que se basa en no poder dejar de ser cada vez que las letras se ponen en hilera y comienzan a decir lo que ellas quieren.

Pero, en fin, no quiero ponerme trascendente, que estaba hablando de un viejo que mea en un bosque, una mula, un soldado que tiene la meada tuerta y el primer libro de Dionisio

Cañas, *El olor cálido y acre de la orina*. Después de ese primer libro, seguí leyendo otros y me di cuenta de lo cabrón que es este poeta, pues a veces nos muestra en los títulos jaculatorias de lo grotesco, mientras que en los poemas nos destroza el alma y el estómago con los ejércitos más crueles que existen en la poesía: el dolor, la vejez, la ausencia del amor, el turbio frío de las noches vagabundas, los neones del hambre de morir y de vivir en la muerte, como ese tipo que estaba en Riverside muerto en un banco y nadie lo miraba para así no poder ver en la blanca plastilina de su rostro su propia muerte.

Podría seguir con más soldados de ese ejército sentimental, pero lo dejo para después de la publicidad, o mejor encuéntrelos en sus poemas, incluso en estos primeros de los que José Olivio Jiménez, compañero en vida y obra, dijo: «[...] le distingue haber llegado al verso ya dotado de una eficaz propensión al vuelo imaginativo». Pienso, imagino, sueño, veo a aquel poeta joven en Nueva York, con todo el futuro enfrente. El olor del futuro era cálido y acre, frío y verde, silencioso y oscuro, misterioso y apabullante, emocionante y cruel, amargo y luminoso, de fuego y aire, como sus propios poemas.

Pasé un verano con Dionisio Cañas. No con el que tiene un cuerpo de casi setenta años, ya comenzando a levitar sobre el tiempo, demasiado arrugado porque ha recibido todo tipo de torturas, poéticas y no poéticas, sino con el que vive en los libros que tenía como un rascacielos encima de mi mesa con enaguas rodeando un brasero para el invierno, que me duele tanto el frío que en mi casa me llaman flor de estufa y siempre estoy de furtivo subiendo los grados del termostato, hasta que mi sufrida familia los baja para no vivir en una sauna.

Sí, pasé un verano con Dionisio Cañas, aunque a él apenas si le vi. No me llamaba por teléfono, estaba muy ocupado contando

las arrugas de las viñas que hay al lado de su bombo, sacando a pasear a las hormigas de la caliza, contando los gorriones y las urracas, buscando cisnes en las charcas que crean las tormentas del verano. Todo el verano estuve con el personaje que habita en sus poemas. Y sus libros fueron cayendo de la torre de papel en la que estaban presos y me los fui metiendo para el cuerpo.

«El ave sorda y otros poemas», el ave absurda entendió Nicanor Parra. El ave sorda y Nicanor Parra sordo, y la gente sorda y los edificios sordos, los árboles sordos viendo volar aviones sordos que a su vez ven por la noche la luz de las estrellas sordas. El poeta sordo que dice «era hermoso sentarme en el jardín, imaginar tus pasos y no verte llegar nunca». He aquí un ejemplo de esa desesperación que hay siempre en los poemas de este poeta. A veces levantaba los ojos del libro y me ponía de pie enfrente del ventanal. Miraba hacia lo más lejos que pudieran llevarme mis ojos, hasta donde el AVE, como una oruga supersónica, pasa cerca de los olivos sin saludarlos en su camino hacia el sur, yendo y viniendo como una ola de un mar de caliza, viñas, encinas, rastrojos, peñas, romeros, manzanillas, sombras de nubes otoñales que resaltan los verdes tristes del paisaje.

Y le decía en mi silencio, en mi soledad suya, a ver Dionisio, coño, por qué tendrán que ser las cosas demasiadas veces tan jodidas, por qué se muere la gente que amas, por qué se muere la gente que no amas, por qué no le echas un polvo al tío o a la tía que más deseas, por qué hubo monstruos en la infancia, por qué tiene uno un pozo del que salen fantasmas feos que no le dejan vivir a gusto en la vida, por qué nos duele la cabeza, por qué nos duelen los recuerdos como úlceras de fuego, porque nos pasamos el tiempo matando sueños como moscas, por qué estamos solos cuando más necesitamos a la gente y por qué estamos más solos todavía cuando más nos necesitamos a

nosotros mismos y por qué estamos más solos todavía cuando más necesitamos a Dios. Sí, ya sé que todas estas preguntas tienen sus respuestas escritas sobre el agua. Y si la respuesta existiera, ninguno de tus libros habría estado sobre mi mesa jugando a ser un rascacielos.

Y luego, cuando el mediodía destrozaba la belleza del amanecer, la torre de libros iba poco a poco disminuyendo, los libros leídos ya estaban extendidos por la mesa. La caverna de Lot, Lugar río Hudson, Los secuestrados días del amor, En lugar del amor. Son los libros que Dionisio considera previos, formativos, henchidos de la juventud que engendró a un poeta maduro.

Pasé un verano con un hermano poeta que tiene Dionisio Cañas, un émulo que vive en una caverna de papel en donde se comen letras y se beben sombras, donde se degustan sueños y se confunden pesadillas y musgos en los rincones recónditos, en donde se pierde la luz y se encuentra a veces en el lugar donde es más profunda la oscuridad.

Estuve con sus versos y mis recuerdos. Y cuando no podía leer más porque los ojos se me llenaban de arena y frío, me miraba al espejo para ver en ellos el estupor que me metieron en el cuerpo, cuando tuve que ir por las verdes montañas del norte, llevando mis mulos a cuestras, porque, al final, era yo quien les llevaba a ellos y no ellos a mí.

El rascacielos de papel, en varios amaneceres, destruyó su altura y se quedó tirado sobre la mesa. Leí los libros fundamentales del poeta, los que están escritos con la sabia del árbol que ha visto ya demasiados soles y demasiadas lunas. El fin de las razas felices, El Gran Criminal, Corazón de perro, En caso de incendio, Y empezó a no hablar...

Algunas veces leí hasta tan tarde que los serenos del tiempo vinieron a mi buhardilla para ponerme pesas en los párpados, para

abrirme el umbral de sueños que se partían en dos cuando un río de versos se colaba por las rendijas de la noche en mi mente.

Y así, leyendo, leyendo, encontré algo que recorre sin descanso su poesía; algo que nace de ese concepto en el cual la poesía es un dios sin nombre y está, por tanto, en todas partes. Es como un absoluto que se desgaja y aparece una paradoja que se vuelve rica como una dialéctica que tiene como síntesis la poesía. Es algo hermoso que he visto en sus poemas. Yo lo llamo dualismo poético y se basa en la teoría de los contrarios y el fluir de las cosas que Hegel rescató de Heráclito para llegar a la inmensa lejanía de su dialéctica. El cisne y el cerdo, el amor y los criminales, la ternura y los camioneros, la rudeza y los poetas, la dulzura y el acero, contrarios que se unen para crear una síntesis poética que les da sentido.

Y si añadimos la muerte al dualismo poético, encontramos en Dionisio ese fluir permanente en lo infinito que después recogió Nietzsche con su teoría del eterno retorno. Pero el retorno, para Dionisio, es permanente porque la poesía, el acto de crear, lleva en sí misma el vencimiento de la muerte. Esa esencia que nos presumimos de ser y crear más allá de las palabras.

Crear, esa es la palabra. Por eso quiero, hermano Dionisio Cañas, regalarte una frase que creo contiene la esencia de tu identidad poética hacia nosotros. Todo lo que escribes lo conviertes en vida. Esa es la frase que quiero regalarte, y también quiero decirte que desde Homero y Virgilio, y mucho antes, los dioses quisieron que solo los poetas pudieran comprender esos designios del destino que ni siquiera los propios dioses pueden comprender. Y que los buenos, grandes poetas, puedan acercarse al Hades para ir de la mano de su arte echando los polvos de la belleza a la oscuridad que espera ser conquistada.

Y amigo Dionisio, para terminar, aunque estés de niebla hasta el culo y te vayas de paseo con el rey de las gallinas, que eres tú mismo, y te consideres el payaso de los pájaros, el príncipe del excremento, el cantautor de la orina o el ridículo señor de los poetas, por esa misma dualidad que te decía al final, todo queda en un hermoso estallido de poesía que lo devora todo.

Pasé un verano con Dionisio Cañas. Y de ese verano lleno de versos y albas, de silencio y soledad, nació un libro llamado *Lugar* en el que está el lugar de adentro y afuera de Dionisio Cañas, el único lugar que existe, ese país íntimo en el que habita uno con todos los lugares que ha visto y todas las personas que ha conocido o amado u odiado, y le han clavado a fuego dolor o felicidad en sus entrañas. Ese lugar que al final es solo la poesía, esa indescifrable ansia de algo que sea más de lo que hay a la vista, ese enigma que a base de describirlo cada día está más escondido.

Sí, de ese verano nació un libro llamado Lugar donde lo analicé, le engañé, lo amé, lo inventé, lo retraté, me dejé inventar por él, escribí su obra en mi cabeza y, como a una naranja, lo exprimí para sacarle el jugo de las sombras que le rodean. Fue un verano que sucedió dentro de los rascacielos de mi mente. Un verano en el que no pude ver el mar porque mi mar fueron los poemas de Dionisio Cañas.